

Sin el sofá, estoy mejor

El joven moreno entró al salón, sonriendo. Se acercó a saludarme; mi cuerpo y mi mente giraron, y el desconcierto se apoderó de mí.

Debía correr hacia una cabina telefónica, y llamar a Rodrigo.

Sí, llamar a Rodrigo con urgencia, y decirle que nuestra relación había terminado. No podía esperar más, debía correr hacia el teléfono que se escondía en el rincón del parque, y contarle lo que acababa de experimentar. Lo que sentí, en ese momento, no se comparaba con lo que sentía cuando Rodrigo estaba frente a mí.

Yo no le escondía nada a Rodrigo, por eso era urgente avisarle lo sucedido.

Rodrigo ya no tendría que ir a esperarme al viejo terminal de buses, ya que, la que regresaría, no sería yo. La mujer que inició el viaje no era infiel; la mujer que regresaría contaría como gesto heroico la hazaña vivida en el norte. La mujer, que dejó la ciudad sureña, siempre esperaba a su novio, en el sofá de su hogar. La mujer que regresaría, sería una mujer que iría por más.

Era urgente avisarle a Rodrigo, que el joven moreno tenía labios gruesos y carnosos; y yo solo deseaba desgarrárselos.

Se hacía necesario que Rodrigo corriera hacia el teléfono esa noche.

Necesitaba contarle que estaba confundida, como siempre quise estarlo.

¡No quise más a ese tal Rodrigo!, a ese que vivía en el sur, y que no quería desnudarse para mí. Rodrigo decía que me amaba. Claro qué me amaba.

¡Me amaba, pero solo en el sofá de mi casa!

Así, ¿quién no ama?

Dos años junto a Rodrigo. Dos años sentados en el sofá, inventando momentos e historias que no llegaron. Dos años en la misma posición. Él penetrándome por instantes, y yo soñando por más. Él acariciando mi ombligo, y yo soñando mi libertad. El creyéndose el dueño de mis pezones, y yo deseando que algún día las espinas de mi puercoespín, lo hiciesen correr; y pedir salir de aquel sofá.

Me aburrí, y viajé hacia el norte. En el norte, siempre estuvo mi norte. Y quedé atrapada en un enredo de emociones, que me encantaba.

Rodrigo me había prometido, que estaría atento a mis llamados. Yo, solo intentaría advertirle de su futuro. Intentaría comunicarle que estaba en peligro.

Luego que salí de la casa del joven moreno, la brisa del mar enfrió mi piel, corrí a la playa, y me tendí. Pasé horas acariciándome entre la arena, y recordando la presión de esos labios en mi mejilla. La arena jugaba entre mis vellos púbicos, mientras tarareaba canciones sangrientas.

Cuando la ansiedad de la noche había pasado, caminé hacia el teléfono. Marqué dos veces el número.

Rodrigo no estaba en su casa, me engañó. Tantas veces repitió que siempre estaría para mí.

Esta situación bastó, para que el destino cambiara la historia.

En vez de volver al hotel, corrí hacia la casa del joven moreno de labios jugosos. Cuando llegué al lugar, salté una reja, y toqué suavemente la puerta, él abrió su ventana, y me ayudó a entrar.

Me preguntó: ¿Qué haces aquí?

Le respondí: Me perdí, aún no conozco la ciudad, y vengo a destrozarte con las espinas que traigo escondidas.

En ese momento, mis sentidos despertaron, y no se pusieron pijama.

Lo que pasó esa noche nortina, me transformó en una amante de los cactus, de lo inhóspito, del desierto, de los lagartos, de los labios gruesos, de las uñas pintadas, de los labios delgados, de las lenguas porosas, de los labios rojos, de los largos dedos, del sudor, de la improvisación y de los viajes.

Volví a mi ciudad, meses después.

Rodrigo me esperaba con flores, y yo le entregué una mentira.

Rodrigo lloró y lloró. Tanto lloró, que tuvo la intención de inundar con sus lágrimas, mi vagina. Tanto lloró que cerraron las calles céntricas, para prevenir accidentes.

Nos separamos un día de agosto, y Rodrigo se volvió sombra.

Yo cumplí mis dieciocho años, soltera y lejos del sofá.

El viaje al norte fue solo mi excusa, para escapar de la toxicidad o de la rutina.

Y así es, cuando la vida se vuelve plana, yo golpeo alguna ventana, y todo empieza a estremecerse otra vez.